

FRANCO  
PATURZO

El libro perdido  
de Dante

algaida  
INTEI

Título original: *Le otto beatitudini*

Publicado a través de Loredana Rotundo Literary Agent. Italia

Primera edición: 2015

© Franco Paturzo, 2015

© de la traducción: Bernardo Moreno Carrillo, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-179-5

Depósito legal: SE. 86-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

Prólogo .....	9
El comienzo .....	13
Primer día, lunes .....	31
Segundo día, martes .....	59
Tercer día, miércoles .....	145
Cuarto día, jueves .....	219
Quinto día, viernes .....	261
Sexto día, sábado .....	317
Séptimo día, domingo .....	349
Octavo día, lunes .....	411
Seis meses después .....	431
Nota de agradecimiento .....	439



## PRÓLOGO

*Bahía de Junafoi, anno Domini 1320*

DE REPENTE, UN RELÁMPAGO RASGÓ LAS TINIEBLAS.

La línea alargada y fina de la nave apareció unos instantes ante los ojos del capitán; después, la toldilla volvió a sumirse en la oscuridad. Un trueno amenazador resonó en lontananza.

El capitán observó el banco de niebla que los había mantenido paralizados durante varias horas; por fin se estaba despejando. Inspiró despacio el aire húmedo y salobre.

Divisó una luna lejana y velada, máscara mutante sobre el mar agitado.

—Ya hemos llegado —le dijo el primer oficial, acercándose.

Aunque los años lo habían curtido y portaba una pesada piel de foca negra, el capitán sintió un escalofrío. Se agarró con fuerza al mamparo de la toldilla mientras una ola repentina, hinchada y espumosa, se abatía sobre el puente, barriéndolo. Dio la orden de volver a remar, y los marineros se inclinaron sobre los remos helados. Escudriñó el horizonte con inquietud y, finalmente, vio la franja de la costa, alar-

gada y alta, que aparecía y desaparecía tras las olas del mar encrespado.

Fijó la vista en los remeros intentando tranquilizarse; después se volvió hacia su derecha y observó en lontananza una enorme masa plana y blancuzca que parecía aproximarse.

—Debemos darnos prisa. El frío va en aumento.

El oficial dio una orden y un puñado de hombres deslizaron un bote por el lado de estribor. Cuando la embarcación hubo tocado el mar, varios marineros hicieron patinar por cubierta unos arcones de madera. El capitán bajó del puente, se acercó a los arcones y se puso a acariciar con la mano derecha las planchas metálicas que los protegían.

—Ya lo podéis llamar. Todo está listo —profirió cuando el último baúl quedó colocado en la chalupa.

Un hombre apareció por la puerta de la toldilla. Llevaba una larga capa de tela áspera y pesada que rozaba la madera de la cubierta; aquella figura alta y delgada les pareció a los marineros inquietante, diabólica. El rostro, tapado por una gran capucha marrón, se iluminó unos instantes, primero a causa de la luz rojiza de la linterna del barco y después por efecto de un relámpago repentino. Los marineros, encorvados sobre los remos, vieron su perfil izquierdo, silueteado por una nariz ganchuda.

—Es un mago —vociferó uno de ellos.

—Anda huyendo de la Inquisición... —susurró otro.

Sin decir palabra, el hombre franqueó el entarimado del barco seguido de un corpulento esclavo sarraceno, que sujetaba con sus manos nudosas y duras como el acero un escriño del color del abismo.

El hombre de nariz ganchuda lo tapó enseguida con su capa, como si quisiera protegerlo de cualquier mirada profana. Después, seguido del esclavo, se apresuró en dirección al bote.

—Es allí a donde los vamos a llevar —le informó el capitán señalando un punto de la costa, negra y elevada.

El hombre asintió apretando con los dedos la superficie del cofre negro, oculto por la capa. «Dentro de poco habrá finalizado mi tarea», pensó.





# EL COMIENZO



## I

*Nueva York, 15 de enero de 2012, las ocho de la mañana*

EL DESPERTADOR ZUMBÓ DESENTONADAMENTE. SARA SHERMANN se volvió de prisa hacia la mesilla de noche y, con la mano derecha, gesticuló en el vacío en su tercer y último intento por alcanzarlo. Con un esfuerzo supremo abrió sus ojos somnolientos, mirando como siempre el póster del fotógrafo Pierre Movila convertido en cabecera de su cama.

Ya eran las ocho.

Se levantó de golpe, se pasó una mano por sus cabellos despeinados y corrió hacia la ducha de cristal y acero. La lluvia de agua caliente la espabiló, infundiéndole una benéfica sensación de energía.

«Debo darme prisa», pensó mientras salía de la ducha, «llevo mucho retraso». Se echó por encima su pesado albornoz azul y alcanzó de puntillas el ventanal de la habitación mientras se secaba enérgicamente los costados.

Hacía más de un año que vivía en aquel estudio limítrofe con Manhattan, junto al Morningside Park. Le gustaba mucho.

*Ya verás como te gusta* —le había asegurado la joven agente inmobiliaria mientras la acompañaba a verlo—. Los

propietarios son muy modernos y lanzados: han apostado por la sencillez y el diseño..., y también por un material que a muchos les parece hosco, pero que yo encuentro dulce, liso y precioso: el cemento.

En efecto, todo había sido reformado hacía poco: líneas rectas y ángulos nítidos, características que casaban a la perfección con el carácter enérgico de Sara.

Mientras la joven se secaba su pelo corto y negro, se volvió hacia el viejo termómetro de alcohol que colgaba de la pared de estuco verde: siete grados, observó consternada en la columnilla roja. Se pasó expeditivamente por el pelo el secador, se vistió y salió a la calle.

Como hacía cada mañana desde que vivía en Nueva York, entró en el bar que se encontraba debajo de su casa y pidió el desayuno. Fueron numerosos los clientes que se volvieron, también como de costumbre: aquella mañana llevaba un pesado abrigo de paño negro, comprado tan sólo unos días antes; con el cuello de zorro claro resaltando su esbeltez, estaba guapísima.

Sara era de tipo fino, delicado, rematado por un rostro ovalado típicamente anglosajón con pómulos prominentes, y sabía que no pasaba fácilmente inadvertida. Sus ojos color mar y sus labios bien delineados le conferían un aspecto fuerte y seguro. Pero su trabajo la absorbía por completo: nada de hombres por el momento.

Veintinueve años, nacida en Boston, antropóloga, siempre había soñado con ir a Nueva York para poder trabajar con Albert Leblanche, famoso estudioso imbatido en cuestiones de antropología forense. Era el rumbo que había tomado, y ahora tenía la meta a la vista: tras un arduo período de asistente que había durado casi un año, Leblanche le había confiado por fin el Curso de Antropología Forense en la prestigiosa Fa-

cultad de Medicina de Nueva York, de la que era decano. Empezaba al día siguiente.

Terminado el desayuno, Sara salió del bar a toda velocidad. Atravesó la calle helada lanzando una mirada rápida a los rascacielos de Manhattan, que se recortaban cual torres lejanas en el aire gélido de la mañana. Enfiló una callejuela que bordeaba el parque. En otros momentos, se habría detenido a observar sus enormes árboles de hoja perenne, a los niños que jugaban despreocupadamente, a los vejetes ateridos de frío que atravesaban lentos aquel oasis de verde situado en medio de la desmesurada ciudad. Pero aquella mañana, fría y luminosa, Sara no se entretuvo en tales cosas. Buscó la boca más próxima del City Subway y bajó a la carrera las escaleras, que olían a humo y a la humanidad de las miles de personas que las transitaban todos los días.

Debía hacer una visita a su tío, el hombre a quien más quería en el mundo, el único pariente que le quedaba.

La había telefoneado la noche anterior pidiéndole que fuera a verlo lo antes posible. Por el tono de voz, a la vez amortiguado y forzosamente premioso, Sara dedujo enseguida que su tío quería algo de ella, lo cual le producía una sutil sensación de inquietud.

Apenas emergió del metro, Sara se encontró frente a las dos enormes agujas góticas de San Patricio, la catedral católica de Nueva York. Miró hacia arriba, hacia los encajes de mármol que parecían confundirse con las superficies acristaladas de los rascacielos. La catedral era inmensa, pero a Sara le pareció pequeña, aplastada por la mole de las construcciones de acero y cristal que la ambición desmesurada del hombre había plantificado a su lado, humillándola casi.

Accedió a la iglesia envuelta en silencio. Un tenue olor a incienso le entró por la nariz. Miró la larga nave central, de-

sierta en aquel momento. Sólo divisó a unos pocos fieles rezando cerca del altar mayor. Buscó con la mirada a su tío en las naves en penumbra. No lo vio. Se acercó al padre Carvier, un joven sacerdote al que conocía, y le preguntó dónde podía encontrarlo.

*¡Sara, tú por aquí! ¡Cuánto tiempo que no te veo! ¿Tu tío? Está en su apartamento* —le contestó con una sonrisa.

Sara conocía bien el camino. Entró en la sacristía, pulcra y perfumada, que atravesó deprisa, y se plantó delante del ascensor. Mientras subía notó que el corazón le latía con fuerza. Era como un presentimiento, como si estuviera fatídicamente convencida de que había ocurrido algo que no deseaba.

Se abrió la puerta del viejo ascensor y Sara se encontró en medio de un pasillo desierto y poco iluminado, frente a la puerta del apartamento de su tío. De repente sintió unas ganas inmensas de irse, de salir de allí. Pero él era el hombre al que más quería en el mundo. Se armó de valor y llamó.

Pasó un rato. Después, percibió unos pasos lentos, cada vez más próximos, y oyó girar la llave en la cerradura. Ante sus ojos apareció el rostro arrugado de Luigi Pace. Sara se tranquilizó al ver la cara distendida de su tío. Monseñor Pace tenía ya más de ochenta años. Siciliano, delgado y encorvado, iba vestido de manera impecable, a la vieja usanza: un largo hábito talar, pulcro y negrísimo, del que destacaban los treinta y tres botones orlados de rojo, símbolo de su dignidad de monseñor de la Iglesia católica. Todavía lucía una tupida cabellera, apenas encanecida, y su rostro mostraba la historia de aquel pueblo lejano: ojos azules, del color de los mares normandos, parecidos a los de Sara, que los había heredado; tez oscura y rugosa, tal vez árabe, y dientes blancos aún muy sanos.

Sara lo abrazó sonriendo; cada vez que lo encontraba, aquel hombre le parecía un antiguo faraón resucitado. Su ros-

tro oriental y ojos escandinavos le recordaban que también por sus venas corría sangre siciliana.

Monseñor Pace la besó afectuosamente en ambas mejillas y le hizo señas de entrar. Sara notó que arrastraba la pierna derecha al andar y se apoyaba con fuerza en el bastón que lo sostenía. Se había recuperado del ictus sufrido unos meses atrás, pero la pierna seguía sin mostrar mejoría, y parecía cada vez más encorvado.

—Cariño, no sabes lo orgulloso que me siento de ti, aunque también es cierto que debería tirarte de las orejas —le dijo invitándola con la mano a acomodarse mientras él alcanzaba el escritorio.

Sara se sentó en una de las butacas de piel del despacho y, esbozando una sonrisa, esperó a que su tío continuara.

—Anteanoche me llamó Leblanche para hablarme de tu nueva función en la universidad. Felicidades, pero ya te digo: habría preferido enterarme por ti.

—Llevas toda la razón, tío, perdóname. Es que han sido unos días sin respiro alguno —se disculpó Sara, que conocía de sobra el influjo y las relaciones que monseñor Pace mantenía en las altas esferas de la ciudad: después del arzobispo, era sin duda el hombre más influyente de la diócesis de Nueva York. Y sabía también, aunque él lo negara, que su universidad le debía mucho a él. Como también ella—. Pero me parece —prosiguió Sara— que esta mañana me has mandado venir para hablarme también de otras cosas, ¿me equivoco?

Monseñor Pace, sentado detrás de su escritorio, asintió. Después, su rostro se nubló y cambió de tono.

—Es cierto. Hay otras cosas. Tú sabes perfectamente cuál es mi misión, mi vestimenta lo dice con claridad —aseveró pasando una mano a lo largo de su hábito talar y fijando sus ojos azules en los de su sobrina.

—Sigue, tío —insistió la muchacha.

—... mi misión, que es también la tuya, Sara. También tú estás bautizada y eres cristiana. No lo olvides nunca, aunque esta ciudad parece hacer todo lo posible para que lo ignores. Bien es verdad que los sacerdotes somos los primeros que parecemos haberlo olvidado: escándalos, corrupción, negocios... Como si estuviéramos más interesados en los atractivos de Wall Street y nuestras pasiones más inconfesables que en la adoración de la Pasión de Cristo. Yo llevo varias décadas trabajando para que esta tendencia se invierta y toque a su fin.

Monseñor Pace se detuvo, esperando una reacción de Sara.

—¿Me has hecho venir hasta aquí para decirme estas cosas? —inquirió la joven.

—No, pero ha llegado el momento en el que debes ayudarme. Como puedes ver, yo apenas si consigo ya moverme.

—Lo puedo ver, tío, pero te repondrás, como siempre —repuso Sara cruzando las piernas.

Enseguida se arrepintió de la frialdad con la que le había contestado.

Monseñor Pace se inclinó hacia ella, los codos sobre el escritorio.

—Anoche me telefoneó desde Italia el profesor Gabriele Rossetti, antiguo colaborador mío. ¿No te he hablado nunca de él?

—No, nunca.

Monseñor Pace abrió un cajón, registró en él y, encontrado lo que buscaba, le alargó una foto.

—Aquí está. ¿Ves ese hombre joven y grueso con una mano encima de mi hombro? Es él. Han pasado veinte años desde que se hizo la foto. Hoy es un gran estudioso, el mejor conocedor de Dante Alighieri, el Sumo Poeta que escribió la *Divina comedia*.



Sara miró la foto y tragó saliva.

—Sé perfectamente quién es Dante, tío. Me leías sus tercetos cuando yo era pequeña. Y muchos de ellos me los hacías aprender de memoria.

—Ya, me encanta que te acuerdes, cariño. En fin, que la fundación que presido desde hace décadas ha recibido la autorización para exhumar y estudiar los huesos de Dante Alighieri, sepultados en Rávena, Italia. Y va a ser precisamente Gabriele Rossetti quien se ocupe de la exhumación. Su propósito es conseguir saber cuáles fueron las causas reales de su muerte.

—¿No murió de malaria?

—Eso es lo que siempre se ha dicho, pero no es lo que piensa Rossetti. Si aceptas mi encargo, será él quien te hable de ello. Cuando yo vivía en Roma, trabajamos juntos muchas veces. Es un estudioso muy respetado y un amigo muy querido, casi un hermano. Pero es un hombre de letras, no un científico, y por eso entrarías tú en escena.

—¿Yo? —exclamó Sara con los ojos como platos.

—Sí, tú. En Italia disponemos de un equipo científico muy competente, pero a mí me gustaría que lo dirigieras tú. Eres una antropóloga brillante, y ¡quién mejor que tú para hacerse cargo de los huesos de Dante! Además, tu presencia sería una garantía para mí... , para nosotros —concluyó el tío mirando fijamente a la sobrina.

Sara se miró los pies sin decir palabra.

—Será un acontecimiento de resonancia mundial. Tu carrera recibirá el espaldarazo definitivo...

—Tío —lo interrumpió—, sé que sería una oportunidad extraordinaria para mí, y te lo agradezco, pero sabes perfectamente que mañana doy mi primera clase de Antropología Forense en la universidad, cosa que no estoy dispuesta a dejar por

nada del mundo. Imposible irme de Nueva York rumbo a Italia, créeme. Leblanche no me lo perdonaría.

Monseñor Pace se caló las gafas y la miró fijamente, en sus labios insinuándose una sonrisa.

—Por lo que respecta a tus clases en la universidad, no debes preocuparte. Ya he hablado con Leblanche, y está de acuerdo en que puedes aplazar una semana el comienzo del curso. Lo que te estoy proponiendo es algo muy importante también para vuestra universidad.

—Se trataría de supervisar la exhumación, ¿no?

—Exacto. En realidad, se trata simplemente de hacer tu trabajo. Mañana por la mañana partirás hacia Italia.

Sara se puso rígida y lanzó a su tío una mirada glacial.

—No te enfades, cariño. El tiempo urge y el profesor Rossetti está esperando tenerte a su lado. Ya está reservado el vuelo, y seguro que Gabriele te ha encontrado el hospedaje perfecto. Estarás estupendamente. Una vez allí, sólo tendrás que estudiar minuciosamente los huesos de Dante Alighieri y mantenerme al corriente de cuanto vayas descubriendo.

—Así que ya lo tenías todo decidido. Lo que yo pueda pensar no cuenta para nada.

—No digas eso. Sabes que tú cuentas para mí más que cualquier otra cosa.

—¿Y quieres hacerme creer que tu interés es sólo la pasión por Dante Alighieri y sus huesos medievales?

—Por favor, cálmate. Sólo quiero que hagas bien tu trabajo de antropóloga. Yo espero mucho de la exhumación de Dante. Mucho. Me gustaría que me tuvieras al tanto de cualquier cosa que te llamara la atención durante las fases de exhumación y análisis. Un detalle que a primera vista pareciera insignificante podría revelarse trascendental.

Sara sacudió la cabeza y miró a monseñor Pace.

—Si quieres que te ayude de verdad, debes ser más explícito.

—Llevas razón. Y lo voy a ser. Pero antes prométeme que no hablarás de ello con nadie.

—Eso lo veo difícil: ¿si acepto tendré constantemente a mi lado al profesor Rossetti!

—De él me fío, Sara. Es un hermano para mí. Así que puedes considerarlo un aliado tuyo. Pero sólo me fío de él... y de ti, ¿de acuerdo?

Sara se llevó una mano al pecho, en señal de acuerdo.

—Y ahora, dime de qué se trata.

—Estoy seguro de que los huesos de Dante ocultan un secreto que permite acceder al *Camino de perfección* de Jesús.

Sara tragó saliva y sus ojos azules se oscurecieron como el mar en medio de una tempestad.

—Tío, sabes perfectamente que yo soy una científica y no me ocupo de religión.

—Deja que te explique antes de cerrarte en banda. El *Camino de perfección* es la única obra escrita por Jesús en su vida: su verdadero mensaje, sus indicaciones precisas para alcanzar el Reino de Dios. Quien lo encuentre sabrá con toda seguridad si los evangelios se acercan o no al verdadero mensaje de Cristo. ¿Te parece poco?

Sara, atónita ante aquella revelación, no supo qué contestar.

—Jesús no quería la Iglesia, ni quería jerarquías, poderes o ritos —prosiguió monseñor Pace—. Esto lo sabemos ya por los evangelios, pero si logramos encontrar esta obra suya, seguro que nos ayudará a conseguir que la Iglesia vuelva a la pureza de sus orígenes.

—Tío, ya te he dicho que no me interesan los temas religiosos. Yo soy antropóloga, recuérdalo. Y veo que sigues

hablando en plural: *lo sabemos, si encontramos, nos ayudará a conseguir...*

—Es cierto, cariño. Hablo de nosotros, tú y yo, porque respecto a tu presunto agnosticismo yo siempre he esperado que cambies de idea un día. Mejor dicho, estoy seguro de que antes o después cambiarás de idea. Y bueno, también me refiero a la confraternidad a la que pertenezco desde siempre.

—Te refieres a esa especie de secta, ¿no? —exclamó Sara mientras veía resurgir en su mente imágenes de infancia que tenía sepultadas, el entrar y salir de personas extrañas con una salamandra azul tatuada en la mano que se dirigían a su tío con especial deferencia.

—No es una secta, no denigres a mi confraternidad.

—Vale, de acuerdo, llamémosla, pues, *confraternidad*, pero te repito que, aunque esté bautizada, yo soy completamente agnóstica y no quiero saber nada de tus intrigas ni de la confraternidad a la que perteneces.

Monseñor Pace suspiró, se levantó y se dirigió arrastrando los pies hacia la ventana, donde su mirada se perdió en la selva de rascacielos que se desplegaba a la vista.

Sara mantuvo la mirada fija en el escritorio donde había estado sentado su tío hasta unos segundos antes, pero tratando al mismo tiempo de seguir sus movimientos por el rabillo del ojo. Lo veía viejo, y sin embargo muy seguro de su fe, en la que confiaba con pureza, abnegación y cierta ingenuidad.

Se había hecho cargo de ella después de que sus padres perdieran la vida en un horrible accidente de circulación, veintitrés años atrás. Él le había dado una familia. Y ahora le estaba pidiendo un favor, y dándole también una oportunidad profesional sin precedentes.

Sara se levantó de la butaca de piel y se le acercó despacio. Vio Nueva York, que rugía más allá de las ventanas inso-

norizadas del despacho, la gente que caminaba apresurada, arrebujada en abrigo y anoraks, y los adornos navideños que aún engalanaban las calles, haciendo que la ciudad pareciera ilusoriamente próxima y accesible. Lo abrazó por detrás, apoyando la cabeza en su espalda.

—¿A qué hora sale mi vuelo a Roma de mañana?

Monseñor Pace se volvió de repente y la miró.

—Gracias, cariño, estaba seguro de que podía contar contigo.

—Pero sólo me quedará el tiempo necesario para la exhumación, después me vuelvo a Nueva York —aseveró Sara mirándolo a los ojos.

—Por supuesto, cariño. Por mí, estupendo. Esta noche el padre Carvier, el joven sacerdote mexicano que conoces, irá a tu casa con informaciones precisas sobre el viaje y otras cosas que pueden serte de utilidad en Italia. Yo rezaré por ti. Pero ahora —concluyó monseñor Pace—, antes de despedirme quiero darte algo.

Lentamente, se dirigió hacia una pared del despacho de la que colgaba un gran cuadro de la Roma antigua. Lo desplazó delicadamente y Sara distinguió en el muro una pequeña caja fuerte.

Monseñor Pace la abrió, sacó algo y se acercó a su sobrina con la mano extendida.

—Toma —le encareció—; es lo más valioso que he tenido nunca en la vida. Me lo dieron cuando yo tenía tu edad y era un joven sacerdote en Roma. Me gustaría que lo llevaras contigo, siempre. Prométeme que lo harás.

Tras lo cual, permaneció inmóvil, apoyado en el bastón, sujetando con una mano un colgante ovalado, negro y reluciente, sujeto con una cadena de oro purísimo.

—¿Qué es? —preguntó Sara alargando la mano hacia la joya.

—Como te he dicho, es la cosa más valiosa que poseo —respondió monseñor Pace dejándola caer en su mano—. Ha llegado el momento de que seas tú quien la tenga.

Sara giró con los dedos el colgante negro.

—¿Debes decirme algo más, tío? —le preguntó mirando sus ojos azul mar.

—Tú tenlo, nada más, como he hecho yo durante más de cincuenta años. Prométeme que lo llevarás siempre contigo.

Sara abrió el broche del collar y se lo colgó del cuello.

—Te lo prometo.

Monseñor Pace la abrazó con más fuerza, y durante más tiempo, que de costumbre. Luego pasó su mano derecha por los cabellos suaves de su sobrina y le acarició despacio las mejillas.

Sara amaba a su tío, pero la pequeña salamandra tatuada en el dorso de su mano rugosa le produjo un escalofrío también aquella mañana; cada vez que veía aquel signo misterioso se sentía catapultada atrás en el tiempo, hasta los años de su infancia, marcados por los encuentros misteriosos de su tío con la enigmática confraternidad, de la que sólo conservaba recuerdos vagos y lejanos, salpicados por una extraña sensación de inquietud. Con un gesto rápido apartó de su cara la mano del tío.

—Tío, es tarde y tengo que irme.

Monseñor Pace se dio cuenta del cambio repentino operado en ella, que ahora se mostraba nuevamente distante, pero no dijo nada. Sonrió y la acompañó hasta la puerta.

Una vez fuera de la catedral, Sara se dio cuenta de que, por primera vez, el ruido invasivo del tráfico urbano y la masa de los transeúntes apresurados y desconocidos que la rodeaban no le resultaban desagradables. El encuentro con su tío le había producido ansiedad, y el encargo aceptado no la con-

vencía en absoluto. Como se sentía bien en medio de la multitud anónima, respiró el aire contaminado con voluptuosidad, como antídoto contra el fuerte olor a incienso que la había acompañado hasta aquel momento. Palpó el misterioso objeto que colgaba de su cuello y lo hizo desaparecer enseguida por el escote de la camiseta. Miró su reloj de pulsera. «Soy atea y... ¡son ya las once!».

Se precipitó hacia el metro para acudir a la sede de la Universidad de Nueva York, sita en la Cuarta Avenida: Albert Leblanche, el decano de su facultad, la estaba esperando.

## II

### *Universidad de Nueva York, las once de la mañana*

FRENTE A LA ESTRECHA FACHADA NEOCLÁSICA DE LA UNIVERSIDAD de Nueva York, Sara consultó de nuevo su reloj: llegaba con mucho retraso a su cita con Albert Leblanche, el decano de la Facultad de Medicina. Entró jadeando en el atrio semidesierto y se dirigió corriendo hacia el decanato. Saludó de pasada a un par de estudiantes y a Paul, su colaborador habitual.

Encontró a Leblanche delante de la puerta de su despacho, inmóvil, absorto, con un haz de papeles en la mano. Su amplia sonrisa le infundió tranquilidad: era evidente que no estaba enfadado.

—¿Qué te parece si tomamos algo en la cafetería? —preguntó a Sara.

Ella asintió.

—Perdona el retraso, pero acabo de estar con mi tío, que se ha sacado de la manga un nuevo trabajo para su sobrina...

—No me lo cuentes. Ya lo sé. Tu tío me llamó anoche para informarme del cometido que quería confiarte y pedirme mi opinión. Le dije que por mí no había ningún problema.

Sara se pasó una mano por su pelo corto, como hacía siempre que estaba nerviosa.

—Sara, sabes de sobra que nunca podré negarle nada a monseñor Pace. En su calidad de ecónomo de la archidiócesis de Nueva York, tu tío maneja mucho dinero y, afortunadamente, buena parte de él viene a parar aquí. Además, no te oculto que se trata de un encargo de trascendental importancia. La exhumación de los huesos de Dante Alighieri tendrá una resonancia mundial, y el descubrir cuál fue la causa real de su muerte contribuirá también a que aumente el prestigio de nuestra facultad. Por eso nos alegra que una joven docente nuestra haya sido llamada a dirigir esta operación memorable. Por lo que respecta a tu curso, no tienes por qué preocuparte: aplazamos el comienzo una semana. ¿Contenta?

Claramente distendida, Sara exhaló un suspiro.

—Me preocupaba mucho el que pudiera defraudarte. Te prometo que en cuanto termine la exhumación cojo el primer vuelo a Nueva York y dentro de una semana estoy aquí para comenzar las clases.

—Por lo que me ha dicho tu tío, tendrás los huesos a tu disposición durante no más de día y medio.

—Sí, eso creo. Será suficiente. Después, redactaré el informe y lo mandaré a la fundación que dirige mi tío. Creo que la cosa no se alargará más de tres días. Después, aquí, en Nueva York, estudiaré tranquilamente, y bajo tu supervisión, los resultados obtenidos.

—Te confieso que me interesa mucho este encargo —expresó Leblanche sorbiendo lentamente el café—, y casi te en-



vidio. Y además, salir de la rutina cotidiana sería para mí una especie de bendición.

—¿Y por qué no vienes tú también?

—Te lo agradezco, de veras, pero no puedo moverme —estatuyó con una sonrisa cansada. Su mirada se posó en la camiseta de seda de Sara—. ¿Qué es ese colgante oscuro...?

—¿Esto? Ah, nada importante. Un regalo de mi tío —contestó la muchacha mientras con la mano derecha lo hacía desaparecer entre la ropa.

—¿Un recuerdo de su Sicilia?

—Me ha dicho que le recuerda los tiempos de su juventud y que por eso me lo regala, nada más. Pero ahora, como tengo que preparar el viaje, sería mejor que habláramos de los estudiantes y del curso que empezaré a la vuelta.